

LA LENGUA DE *EL JARAMA* A TRAVÉS DE SUS PERSONAJES

0. Uno de los aspectos más relevantes que presenta el español de *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, es el uso peculiar que algunos de sus personajes hacen del código lingüístico, lo que pone de manifiesto el afán del autor por reflejar el habla viva en toda la variedad y amplitud que le es posible. El fenómeno no es nuevo. En realidad, con el precedente del Arcipreste de Talavera¹, se pueden destacar tres hitos en la reproducción del habla popular y coloquial dentro de la historia de nuestra novela. El primero está representado por el *Quijote* y algunas de las *Novelas ejemplares* cervantinas, a lo que habría que añadir en cierto modo el *Lazarillo de Tormes*, aunque no el resto de la picaresca². El segundo es el constituido por la producción del siglo XIX, en que el ideal de «copiar la naturaleza» lleva a los narradores a afanarse por la «verdad», plasmando la lengua hablada en sus obras, excepto en el caso concreto de Juan Valera; en este empeño polarizan su atención sobre los rasgos diferenciales y se preocupan consecuentemente, más que del habla propiamente coloquial, de la popular y dialectal, siendo el más certero retratista del hablar coloquial Benito Pérez Galdós. El tercero, con Pío Baroja como precursor y maestro, es el siglo XX, y alcanza su plenitud con los valores que surgen tras la Guerra Civil, los cuales, bajo el denominador común de un nuevo realismo, agudizan su atención hacia las formas orales del idioma³, haciendo el conductismo de un buen número de sus creaciones nove-

¹ Marcelino Menéndez y Pelayo, al estudiar el estilo del Arcipreste de Talavera en el *Corbacho*, ya puso de relieve el hecho de la brillante aparición en la prosa escrita del siglo XV de la lengua directamente tomada de la boca de las gentes, rebosante de lozanía y espontaneidad: «La lengua desarticulada y familiar, la lengua elíptica, expresiva y donairoso, la lengua de la conversación, de la plaza y del mercado, entró por primera vez en el arte con una bizzarria, con un desgarrro, con un libertad de giros y movimientos que anuncian la proximidad del gran arte realista español» (*Orígenes de la novela*, I, 2ªed., Madrid, C.S.I.C., 1962, p. 175).

² Manuel Seco: «Lengua coloquial y literatura», *BIFJM*, CXXIX (septiembre de 1983), p. 16.

³ Gonzalo Sobejano opina que la Generación del Medio Siglo «logra una insuperada objetividad en el reflejo del habla común» (*Novela española de nuestro tiempo*, 2ªed., Madrid, Prensa Española, 1975, p. 533). Para Santos Sanz Villanueva, como norma general, «el estilo de las novelas del medio siglo tiende a una frase corta, sencilla, de muy limitado vocabulario (salvo cuando se reproducen voces de un área semántica concreta: las labores de la pesca o del campo, términos de la flora o de la fauna...) que no pretenden entretener al lector en los primores del estilo, sino comunicar de

lescas que la psicología de los personajes y las motivaciones de su comportamiento se deduzcan únicamente de sus actos y palabras, con lo que el diálogo adquiere una importancia capital: esto es precisamente lo que ocurre en *El Jarama*.

1. A partir de la p. 145 aparece el viejo alemán Esnáider, uno de los personajes más pintorescos de la novela, que revela a cada paso un deficiente conocimiento del español, por cuyo motivo su habla resulta sumamente curiosa en todo momento y con frecuencia regocijante. En fonética: alarga algunas vocales tónicas: «—Buenas *taardes* —había dicho, alargando la A» (p. 145); aspira la «—h»: «—[...] Dará gusto andar por la calle. // —*Aj*, no» (p. 260); pronuncia [z] «z» por [θ] «c»: «—[...] sólo este nieve que se pisa y se convierte todo *suzio* como fango» (p. 260); articula [nj] «ni» en vez de [ɲ] «ñ»: «—[...] ¡Menos mal que yo veo finalmente mi Prinzesa, más guapa de *Espania!*» (p. 260); reduce el prefijo *es-* a *s* líquida: «—[...] Mi mujer preparado cestita *spezialmente* para usted» (p. 146); disloca del acento: «—Y esta causa es para una contienda de *dómino*» (p. 170). En morfosintaxis: incurre en discordancias respecto al morfema de género: «—[...] Muy *feo este broma* en el juego» (p. 193); ordena los elementos sintácticos de la oración de un modo *sui generis*: «—Esto no bien. Conejita igualmente de Dios: ¿por qué *hace sufrila?*» (p. 262); elide diversas clases de palabras, entre las que sobresalen: artículos: «—Éste, [es la] *fruta mejor* que yo he criado [en el] huerto mío» (p. 145), pronombres: «—[...] Y yo [me] *ofendo* si usted no prueba los higos de mi huerto» (p. 146), el auxiliar en los tiempos compuestos: «—[...] cazadores, [han] *matado* el pobre águila» (p. 259), el verbo copulativo en construcciones atributivas: «—[...] Carmelo [es] *bueno* como este cubo» (p. 194), preposiciones: «—¿Se puede ver [a] *la señora?*» (p. 145); usa la tercera persona verbal en lugar de la primera: «—Yo *pasa* ahora un momento a saludar la señora» (p. 259), el indicativo por el subjuntivo: «—[...] Y yo dispuesto, cuando ustedes *quieren*» (p. 170), el infinitivo por el indicativo: «—[...] Ropa *durar* hasta que viene la muerte» (p. 169), *ser* por *estar*: «—Yo *soy* de acuerdo» (p. 259), la preposición *a* en vez de *por*: «—Señora Faustina, yo [le] soy muy agradecido *a* su café» (p. 170); antepone la conjunción *que* al infinitivo subordinado: «—[...] Sin sol no es posible *que* ver las chicas guapas» (p. 260). Por lo que atañe al léxico, además de cometer impropiedades como las ya ejemplificadas, intercala algunas voces alemanas: «—*Danke schön* —contestó rápidamente—. Café de la señora Faustina, siempre *suculento*» (p. 169). En general, se suele mostrar un tanto exagerado: «Schneider paladeaba. Movió la cuchara tres veces en el aire, como una batuta, diciendo: // —*Bueno. Bueno. Bueno*» (p. 169).

2. En las intervenciones de la catalana Nineta, cuñada de Felipe Ocaña, se detectan rasgos típicos de su procedencia geográfica y ciertas peculiaridades estilísticas dignas de mención. De ella observa el narrador, tras de ser presentada a Faustina, que «se le notaba un deje catalán» (p. 100) y, más adelante, que «decía

forma directa, viva, un contenido» (*Historia de la novela social española (1942-1975)*, I, Madrid, Alhambra, 1986, p. 209).

una uves muy marcadas» (p. 135). En una ocasión se le desliza en la conversación el término *nosaltres*: «—*Nosaltres* tenemos la Butifarra y los Embutidos de Vic» (p. 141); por ello, acto seguido, interviene su marido para corregir: «—Sí, pero habla castellano, Nineta —la reprendía su marido—. Di 'nosotros', como Dios manda. Estás en Castilla, ¿no?, pues habla el castellano» (p. 141). Recurre frecuentemente a la interrogación formularia y enfática: «—En Barcelona, en la Bonanova —decía la cuñada de Ocaña—, allí sí que hay torres bonitas; y hechas con gusto, ¿eh? Jardines de lujo, con surtidores y azulejos, que valen una millonada. Es toda gente que tiene, ¿sabes? —hacía un gesto de dinero con el pulgar y el índice» (p. 112). Entre los restantes fenómenos, destacan: la posposición del posesivo al sustantivo: «—[...] por cada quince días que el hermano Ramonet se pasa en *casa suya* en Barcelona, está por lo menos un mes en *casa nuestra*» (p. 182); la elipsis: «—Perdona, hombre, perdona. [se] *Me escapó*. Es igual» (p. 141); la catáfora del pronombre neutro *lo*: «—Ah, tú verás que sí. *Lo* has de ver que en setiembre viene a Madrid esta maquinita» (p. 181); el relativo *la cual* en proposición explicativa: «—[...] Tengo una amiga casada en Barcelona, *la cual* tiene tres hijos, y no obstante le gusta tener gatos» (p. 136); el sintagma *antes de mí* en lugar de *antes que yo*: «—[...] Mira, es más pequeña que yo, para que veas, ¿eh?, y tuvo que casarse *antes de mí*» (p. 182); la utilización del artículo en vez del posesivo con nombres de parentesco: «—[...] Y todo que yo me puse en relaciones con Sergio antes de ella conocer *al esposo*» (p. 182); la perífrasis *haber de* + infinitivo: «—Mira —dijo Nineta—; tú no *has de pensar* en el regreso, ahora» (p. 187); la construcción sintáctica exclamativa constituida por la combinación de *qué* + verbo copulativo + adjetivo: «—¡Oh, la luna, Sergio! ¡*Qué es bonita!* ¡*Qué es grande!*...» (p. 243), o la formada por *bien de* + sustantivo + que + verbo: «—Bien, si es por esto que lo dices, las jaulas *bien de trabajo que te dedican*...» (pp. 135-136). Y, por supuesto, no podía faltar el tan traído y llevado *es por esto que*, como ya se ha podido observar en el precedente ejemplo: «—Es egoísta, ¿sabes? *Es por esto que* nos hemos llevado siempre medio mal» (p. 182).

3. En la conversación que durante un amplio espacio de tiempo mantiene el alcarreño con los contertulios de la venta de Mauricio hay momentos en los que introduce expresiones marcadamente populares, sin que se perciba matización regional alguna; no obstante, en una determinada ocasión canturrea «con una voz mohína de su tierra» esta letrilla: «—Patitas *culuradas* —tiene la perdiz, / patitas *culuradas* —te vuelvo a decir...» (p. 303).

4. El lenguaje infantil abunda en exclamaciones, vocativos e imperativos, mediante los cuales los niños manifiestan sus estados de ánimo y procuran mantener el contacto psicológico con las personas que se encuentran a su alrededor o actuar sobre su conducta en algún sentido, por lo que predominan en su habla las funciones emotiva y apelativa. Las exclamaciones se presentan, de la síntesis al análisis, como: interjecciones: «Juanito y Amadeo saltaron muy contentos de sus sillas y salieron corriendo con un largo chillido: '*Bieeen!*'» (p. 188); frases exclamativas:

mativas: «—*¡Qué precioso!* —dijo la niña—. *¡Qué precioso!*» (p. 115); oraciones exclamativas I, con marca distintiva: «—*¡Mira, mira! ¡Cómo se tiene de pie!* —gritó Juanito» (p. 115); oraciones exclamativas II: «—*¡Tiene los ojos rojos!* —exclamaba la niña con excitada admiración» (p. 111). Los vocativos son, en su mayor parte, nombres de parentesco: «—*¿No querías ver la coneja, hermani?* —le decía Amadeo» (p. 138), «—*Mamá*, que me aburro —dijo Juanito revolcándose en la silla» (p. 182), «—[...] *¡Mírame, mamáita!*» (p. 210), «—*¡Déjame ya, mamita, déjame...!*» (p. 183), «—*Sí, papá*. Ya no vamos a hacer nada» (p. 195), «—*¿A ti también te gusta, tío?*» (p. 137); uno, bajo la forma de insulto, encierra afecto: «*Petrita* quería sentarse en la misma silla que Amadeo. // —*Tonta*, ¿pero no ves que no cabemos los dos? // *Petrita* cogió las manos de Amadeo y jugaba con ellas» (p. 181); otro alude a la profesión de la persona a la que hace referencia: «—*Adiós señor barbero*» (p. 81). Las expresiones imperativas responden a los siguientes modelos: imperativo singular: «—*¡Estáte quieto*, Juanito! —le decía Felisita a su hermano» (p. 100); infinitivo: «*Petrita* les gritaba: // —*¡Esperarme, esperarme!*» (p. 188); *no* + presente de subjuntivo en singular: «—*¡Pero, mamá no me levantes las faldas!* —le decía la niña sordamente, mirando mortificada hacia el jardín» (p. 183); *no* + presente de subjuntivo en plural: «—*No os recostéis*, que se hunde la alambrada —advirtió a sus hermanos» (p. 111); presente de indicativo: «—*Luego me dejas la cerilla*, tío» (p. 187); interjección: «La madre llamó de nuevo. El conejo se había parado a la puerta de su madriguera. Amadeo insistía: // —*¡Venga!*» (p. 111).

5. El tono peculiar que adoptan los adultos para dirigirse a los niños muestra el predominio de la función apelativa, a la que se superpone la emotiva —y, por supuesto, la referencial—, registrándose, como en el apartado anterior, vocativos y frases imperativas concordes con el registro. Las exclamaciones incluyen: interjecciones «La niña apartó la vista del tullido y acudía a los brazos de Justina. // —*¡Aúpa!* —Le dijo ella, izándola del suelo» (p. 242); frases exclamativas: «—*¡Qué vergüenza!* —continuaba Felipe hacia sus hijos—. *¿No lo sabéis que esto son las piernas de un pobre desgraciado que no puede andar?*» (p. 195); oraciones exclamativas I: «—[...] *¡Qué cosas se te ocurren!* // Se estaba poniendo los pantalones encima del traje de baño» (p. 215); oraciones exclamativas II: «—*¡Locos estáis vosotros!* *¡Locos!* —les decía jadeando» (p. 195). El grupo de los vocativos lo integran: nombres propios: «—[...] Tú ya eres mayorcito, *Amadeo*, para tener edad de discernir» (p. 195), «—Tú, *Felisita*, te encargas de las botellas» (p. 97), «—[...] con cuidado, *Juanito*» (p. 98), «— [...] Bueno, *Mari*, preciosa, que nos veamos» (p. 81), «—Pero, entra, *Marita*; no seas boba» (p. 80), «—[...] Tú, *Petri*, dale un besito a tu padre y arreando» (p. 188), «—*¡Pero, chicos! ¡Petrita! ¡Veniros para acá inmediatamente!*» (p. 112); nombres de parentesco: «—*¿Ves?*, esto mismo. Vuélvete, *hija*» (p. 183), «—[...] Tú di que no le hagas caso, *hija mía*» (p. 189), «—Vestiros, *hijos míos*» (p. 215); expresiones afectuosas: «—Déjame ahora, *bonita*, que es mi turno» (p. 181), «—Así. Hasta la vista, *guapa*» (p. 81), «—Acércate, *guapo*; ponte aquí» (p. 335), «—*¿Y a ti también te gusta este juego, preciosa?*» (p. 161), «No, *mi vida* —Le dijo—; tam-

bién pierdo, otras veces» (p. 162); designaciones de edad: «Petra llamó de nuevo: // —¡Pero, chicos!» (p. 112), «—¡Tú, niña! ¡Sal de ahí!» (p. 188), «—Eh, niño, ¿adónde vas tú?» (p. 138), «—Hale, niños —les decía—, ir saliendo» (p. 239); insultos: «—¿Conque esto es todo lo que se os ha ido a ocurrir? ¡Maleantes, piratas!» (p. 195), «—¡Te dije que le quitaras el polvo por encima, monigote; no que le fueras a sacar brillo como el Santo Cáliz!» (p. 332); pronombres: «—[...] ¡Venga, vosotros, todos! ¡Amadeo, Juanito!» (p. 188). Las formas más comunes de expresar el mandato son: imperativo singular: «—¡Pero, Juanito...! ¡Bájate de ahí inmediatamente!» (p. 211); imperativo plural: «—[...] ¡A jugar por ahí! ¡Diverstíos!» (p. 188); presente de indicativo: «—Tú, Felisita, te encargas de las botellas» (p. 97); *ya* + presente de indicativo perifrástico: «—[...] ¡Y ya estáis volviendo ahora mismo los tres para acá! ¡Pero volando!» (p. 211); futuro imperfecto de indicativo: «—¡Te estarás quieta de una vez! ¿No ves que le estoy enseñando el vestido a tu tía?» (p. 183); *que* + presente de subjuntivo: «—[...] Que yo os vea, ¿eh? Y a ser formalitos» (p. 138); infinitivo: «—¡Pedir las cosas! ¿Para qué tenéis lengua?» (p. 113); *a* + infinitivo: «—[...] ¡Largarse ya! ¡A jugar por ahí!» (p. 188). *sin* + infinitivo: «—Sin atropellar, niños, sin atropellar, que hay sitio para todos» (p. 243); *muchísimo cuidado con* + infinitivo: «Los tres niños ponían automáticamente cara de buenos, bajo los ojos de la madre. // —Bueno. Pero *muchísimo cuidado con moverse de donde habéis dicho*» (p. 138); interjección: «—[...] ¡Vosotros! ¡Hala! ¿Qué hacéis ahí como pasmados?» (p. 97); frase exclamativa: «—[...] ¡Hala! ¡A la calle ahora mismo!» (p. 188).

6. Los dos focos locales de la novela comportan una clara diferenciación entre sus personajes. Los que centran su diversión dominguera en el río pertenecen a una generación distinta a la de los clientes de la venta de Mauricio. Aquéllos viven en Madrid y éstos en los pueblos cercanos. En el mismo establecimiento hay dos grupos de personajes: Mauricio, el dueño, Coca-Coña, el alguacil, el taxista Ocaña, propietario de su automóvil, o su hermano Sergio, intermediario, son de clase media; con ellos conviven durante varias horas otros de clase inferior: un camionero, un pastor, albañiles, carniceros, el barbero o Lucio, que se dedica a las «chapuzas», etc. El grupo de los jóvenes, por el contrario, presenta una mayor homogeneidad en cuanto a su posición social; se trata de «proletarios urbanos» cuya dedicación concreta conocemos en algunos casos: Sebas es mecánico (pp. 15 y 201); Tito, dependiente de un comercio (p. 228); Daniel trabaja en una zapatería (p. 61) y Santos en una fábrica (p. 123); Paulina ayuda a su madre en casa (p. 346); Luci despacha helados en un puesto instalado en Atocha (pp. 95 y 347) y Mariyayo, integrante de la segunda pandilla, es camarera en una cafetería (pp. 250 y 277).

En la tertulia aparentemente intrascendente de la venta de Mauricio se plantean, entre otros, los siguientes temas: la sabiduría de la experiencia frente a la de los libros (p. 12), «chismes» (p. 35), el orgullo (p. 75), el hambre (p. 48), la maduración precoz (p. 66), la orfandad (p. 108), las dos clases de justicia, individual y social (p. 148), el «quiero y no puedo» (p. 163), la tacañería (p. 251), dinero guardado y dinero disfrutado (p. 265), ¿que me quiten lo bailado o que me

lo devuelvan? (p. 271), emigración a América (p. 296), o las discusiones sobre la muerte a raíz del ahogamiento de Lucita... Todo ello constituye una admirable exposición de la problemática del hombre de edad superior a los cuarenta años, afectado plenamente por la Guerra Civil, con una idiosincrasia enraizada en la concepción tradicional de la vida española. En diferentes momentos del día el habla de estos personajes va rezumando imágenes y metáforas verdaderamente asombrosas, como cuando el hombre de los z. b., sirviéndose de una ficha del dominó como símbolo, afirma: «—Lo que es a usted y a mí, a cada uno en su concepto, nos ha tocado *el seis doble* en esta vida» (p. 108), o el largo relato que hace el pastor del río Jarama, personificándolo: «—[...] Cuando en marzo te dice allá voy, que empieza a revolvérsele la sangre esa que tiene y comienza a crispase y rebullir como la olla del cocido, y se lía a traer ramas y matorrales, que los lleva saltando, en volandas por encima la corriente, y vigas y árboles mediados y animales muertos, perros y gatos y liebres, con la barriga hinchada como un globo, y ovejas y hasta reses de vacuno, que luego te los deja maloliendo adondequiera que le cae, donde se ve que se harta de llevarlos en el lomo y que te lleve Rita —hablaba con viveza—. Igual te quita una oveja en San Fernando y organiza una merendola de amigotes en Vaciamadrid; como arrastra en la Sierra un molino de centeno, para instalar una fábrica de harinas y tapiocas, maquinaria moderna, en el mismísimo Aranjuez. ¡Y vete tú a olerles la boca y los eructos, después que se la han comido, a ver si era tu oveja o si era otra, a los tragones de Vacamadrid! ¡Pues buen provecho, qué coñe! —se reía—. Lo que te quita el río, buena gana; dejásete ir a los que tengan la suerte de pillarle más abajo. Él quita y pone y forma el estropicio y se organiza su propia diversión» (p. 322).

Los jóvenes madrileños acusan en sus vidas el vacío al que los tiene sometidos la ciudad deshumanizada, por lo que muestran deseos incontenibles de eludir la dolorosa realidad que los atenaza. Cuando Sebas pregunta a Miguel sobre su boda con Alicia, éste le responde «—Qué sé yo. No me hables de bodas ahora. Hoy es fiesta» (p. 172); un poco más adelante, el mismo Miguel le dice a Sebas: «—[...] Es que está uno muy quemado. Eso es lo único que pasa. Y ya no quieres ni oír hablar de lo que te preocupa —se puso por la frente una mano y buscó el sol con la vista, por cima de los árboles—. Complicaciones no las quiere nadie» (p. 174). Frente a la cruda realidad cotidiana, el domingo es para ellos como un oasis de paz y de olvido; por eso rechazan reiteradamente el control del tiempo: «—¿Y qué hora es? —decía Ricardo. // —La de no preguntar la hora que es —contestó Zacarías (p. 260), «Habían preguntado la hora; Zacarías agarraba a Miguel por la nuca, tapándole el reloj; le decía: // —¡Loco, estás loco tú ahora jugar con esos instrumentos! ¡Eso es la muerte niquelada!» (p. 274); ese sentimiento de pena por el buen rato que se va queda perfectamente expresado por boca de Mariyayo: «—[...] Fíjate, ¡me quedaba yo ahora no sé el tiempo! Total, visto y no visto, justamente cuando empiezas a vivir; ¿hay derecho? Mañana ya, vuelta otra vez» (p. 276). Otro escape de su alienación es la euforia que puede proporcionar el vino que beben desatinadamente junto al río Luci, Dani y Tito, pero ella misma reconoce: «—[...] Sí, claro, la media trompa, simpatía de prestado. Cuando se pase, se acabó. En cuanto que baje el vino, vuelta a lo de siempre,

no nos hagamos ilusiones» (p. 229). El texto nos proporciona un sinfín de ocasiones en las que estos jóvenes pretenden olvidar su tedio, al menos por un día; véase como muestra este pasaje: «—Mañana, lunes otra vez —dijo Sebas—. Tenemos una de enredos estos días... // —¿En el garaje? //—¿Dónde va a ser? // Había pasado Fernando por delante de ellos y ahora enjuagaba alguna cosa en la ribera. // —¡Cada día más trabajo, qué asco! El dueño tan contento, pero nosotros a partirnos en dos. // —Tú no pienses en nada. // —¿Cómo que no? // —Que no te acuerdes ahora de eso. // —Es imposible no pensar en nada, no siendo que te duermas. Nadie puede dejar de pensar en algo constantemente. // —Pues duérmete, entonces» (p. 201). En medio de sus bailes y diversiones surgen comentarios que revelan una tremenda profundidad en su propia desesperación: «—¡Desesperada te veo! (le dice Fernando a Mariyayo) // —Más harta que harta, hijo mío. Menos mal que tan sólo me doy cuenta los días como éste. Entre semana se me olvida; y gracias a eso tiramos» (p. 277). Y dentro de tal contexto adquieren significado algunos aspectos, al parecer insignificantes; en la conversación que, en su paseo, mantienen Fernando y Mely, sale a relucir el tema de la llegada de los americanos, que van a construir la nueva base de Torrejón de Ardoz, noticia que ella ignora y por la que no siente curiosidad ya que el mecanismo esterilizador de su vida hace vana en ella toda información u opinión personal fundamentada: «—[...] La política a mí... Yo sólo leo las carteleras de los cines. // —Pues hay que estar más al corriente, Mely. // —¿Más al corriente? ¡Anda éste! ¿Y para qué?» (p. 153).

7. La oposición entre el habla masculina y femenina tiene también su fiel reflejo en la obra que analizamos. El ahogamiento de Lucita, acontecimiento que afecta a la mayoría de los personajes, proporciona al autor una buena oportunidad para manifestar a través de sus relatos el punto de vista de cada cual. Compárese, por ejemplo, la narración objetiva y sintética de los hechos de Rafael Soriano Fernández ante el Juez con la analítica y subjetiva que poco después hace Paulina Lemos Gutiérrez. El primero se expresa en estos términos: «—Oímos unos gritos en el río» (p. 341), «—No tanto como a los otros, se la veía un poco menos. Pero era una cosa inconfundible» (p. 342), «—Pues, nada señor Juez, conque ya vimos a la chica... Vamos, la chica; es decir, nosotros no veíamos lo que era, no lo supimos hasta después; en aquellos momentos, pues no distinguíamos más que eso, sólo el bulto de una persona que se agitaba en el agua...» (p. 342). El relato de la chica, sin embargo, es sumamente prolijo y emotivo: «—Pues ese otro chico, el que le habló usted antes, Sebastián Navarro, que es mi prometido. Conque ellos dos y yo, conque le digo no nos vayamos muy adentro, y él: no tengas miedo, Paulina... Así que estábamos juntos mi novio y una servidora y en esto: ¿pues dónde está Luci?, la eché de menos... ¿pues no la ves ahí?, estaba todo el agua muy oscuro y la llamo: ¡Lucita!, que se viniese con nosotros, que qué hacía ella sola... y no contesta y nosotros hablándola como si tal cosa, y ella ahogándose ya que estaría... La vuelvo a llamar, cuando, ¡Ay Dios mío que se ahoga Lucita! ¿No la ves que se ahoga?, le grito a él, y se veía una cosa espantosa, señor Juez, que se conoce que ya se la estaba metiendo el agua por la boca que ya no

podía llamarnos ni nada y sólo moverse así y así... una cosa espantosa en mitad de las ansias como si fuera un remolino un poco los brazos así y así... nos ponemos los dos a dar voces a dar voces —se volvía a interrumpir atragantada por el llanto—. Conque sentimos ya que se tiran esos otros a sacarla, y yo menos mal Dios mío que la salven, a ver si llegan a tiempo todavía... y también Sebas mi novio y casi no sabe nadar y se va al encuentro... ya casi no se veía nada de ella se ve que el agua corría más que ninguno y se la llevaba para abajo a lo hondo la presa... y yo ay Dios mío una angustia terrible en aquellos momentos... no daban con ella no daban con ella estaba todo oscuro y no se la veía... —ahora lloraba descompuesta, empujando la cara contra las manos y el rebujo del pañuelo» (pp. 347-348). Otro choque lingüístico similar se produce entre Mely y un guardia civil ante el cadáver de Luci; ella emplea expresiones humanas y apasionadas: «—¡Suélteme! ¡No me toque! ¡Déjeme quieta!...» (p. 313), «—¡Déjeme, bárbaro, animal...! —le gritaba llorando y se debatía, golpeando la mano que la tenía atenazada» (p. 313), «¡Gentuza, eso es...! —gritaba Mely, ya suelta—. ¡Gentuza...! ¿Ves cómo son, Zacarías, ves cómo son...?» (p. 313); el guardia, por su parte, se sirve asépticamente de las formas del ritual: «—Retírese, señorita, ¿no me ha oído?, no se puede tocar» (p. 312), «—¡Haga el favor de obedecerme, señorita, y quitarse de ahí —de nuevo la agarraba por el brazo—. Contrariamente...» (p. 313), «—¡Señorita no insulte! ¡Repórtese ahora mismo! ¡No nos obligue a tomar una medida!» (p. 313).

8. El comportamiento lingüístico de los guardias civiles obedece a los condicionamientos a que se ven sometidos según las circunstancias. Cuando Gumerindo Calderón se dirige al Secretario del Juzgado de Alcalá por teléfono, su manera de expresarse adquiere un tono grave y grandilocuente, que, por su excesiva y evidente afectación, resulta hilarante: «—Pues mire usted —continuó Gumerindo—, o sea que en la tarde de hoy se ha producido un ahogamiento, de cuyo ahogamiento ha resultado siniestrada una joven, según indicios vecina de Madrid, que se sospecha asistía a los baños, en compañía de... ¡Diga, Secretario! —escuchaba—. ¡En la presa, sí señor, en las inmediaciones de...! —se interrumpió de nuevo—. ¡Bien, Secretario! —otra pausa—. ¡De acuerdo, sí señor, conforme! ¡Mande...? —escuchaba y asentía—. Sí señor, sí, sí señor... Hasta dentro de un rato, señor Secretario, a sus órdenes» (p. 291). El hecho de estar subordinados a la autoridad competente determina en ellos el uso tan frecuente que hacen de las fórmulas de acatamiento a las órdenes del superior: «—[...] ¡A ver, un guardia! // —*Mande Su Señoría.* // —Usted se ocupa de avisar por teléfono al encargado. Vaya ahora mismo. Le dice que venga en seguida y que se me presente. // —*Sí señor. A sus órdenes*» (p. 337). Esta sumisión queda contrarrestada por sus propias manifestaciones de autoridad para con los ciudadanos de «a pie»: «El de San Carlos estaba de pie junto al cadáver, como a unos seis o siete pasos de los otros. Se ponía un momento en cuclillas, para observar alguna cosa, pero el guardia civil lo reprendió: // —*Deje eso. Retírese de ahí.* // *Y le hacía una seña expulsiva.* Se paseaba por la orilla, con el dedo pulgar enganchado a la correa del fusil» (p. 289). Ciertas incorrecciones gramaticales que cometen —aparte del

inadecuado empleo del relativo *cuyo* en el ejemplo ya citado— connotan el escaso nivel de instrucción que poseen: anteposición del artículo al nombre propio femenino: «—[...] Me la das aquí mismo, ¿eh?, donde *la Aurelia*, ya sabes» (p. 290); loísmo: «—[...] porque es mayor el respeto que se *los* tributa» (p. 290); elipsis de la preposición *de*: «Ya no había casi nadie en el local, cuando los guardias cruzaron hacia la curva. // —*A la orden* [de] *Su Señoría*» (p. 352).

9. El juez, al ordenar el levantamiento del cadáver, usa expresiones tales como: *decúbito supino*: «—Colóquenmelo *decúbito supino*» (p. 335), *motu proprio*: «—[...] Si alguno desea declarar *motu proprio* alguna cosa relacionada con el caso, que se quede también» (p. 337). Su habla no deja de reflejar en ninguna de las intervenciones que tiene su cultura y profesión: «—Secretario: proceda al levantamiento del cadáver y hágase cargo de las prendas y objetos pertenecientes a la víctima» (p. 337). «—Usted verá. Eso es facultativo. Está en su pleno derecho de negarle la hospitalidad al cuerpo de la víctima» (p. 338), «—Y dígame, ¿en lo que haya podido apreciar, cree usted que reúne datos suficientes para afirmar, sin temor a equivocarse, que se trata de un accidente fortuito, exento de responsabilidades para todos?; habida cuenta, claro, de que también la imprudencia es una clase de responsabilidad penal» (p. 342).

10. El Secretario del Juzgado de Alcalá redacta el acta o atestado del suceso en su estilo peculiar, caracterizado por la utilización de clichés específicos y por la proliferación de gerundios, algunos de los cuales expresan posterioridad, como se puede comprobar en los fragmentos que a continuación se transcriben: «El Secretario escribía: 'Acto seguido compareció a la presencia judicial el que dijo ser y llamarse don Rafael Soriano Fernández, de veinticuatro años de edad, soltero, de profesión estudiante, vecino de Madrid, con domicilio en la calle de Peñascales, número uno, piso séptimo, centro, con instrucción y sin antecedentes; el que instruido, advertido y juramentado con arreglo a derecho, declara: // A las generales de la Ley: que no le comprenden...» (p. 341), «El Secretario escribió en las Actas: 'Compareciendo seguidamente a la Presencia Judicial, el que dijo ser y llamarse don José Manuel Gallardo Espinosa, de veintiocho años de edad, soltero, profesión estudiante, vecino de Madrid, con domicilio en la calle de Cea Bermúdez, número 139, piso tercero, letra E, con instrucción y sin antecedentes penales; el que instruido, advertido y juramentado con arreglo a derecho, declara: // A las generales de la Ley: que no le comprenden. // A lo principal: que hallándose de excursión con varios amigos, en el día de autos, en las inmediaciones del lugar denominado *La Presa*, a eso de las diez menos cuarto de la noche, percibió unos gritos de socorro provenientes de la parte del río, acudiendo prontamente en compañía de tres de sus compañeros y distinguiendo acto seguido desde la orilla el bulto de una persona que al parecer se ahogaba, a unos treinta y cinco metros del punto donde se hallaba el declarante y sus amigos, y a nos menos de veinte de quienes desde el agua proferían las susodichas llamadas de socorro [...]» (pp. 343-344), «Escribía el Secretario: '...distinguiendo el bulto de una persona que se agitaba en el agua...» (p. 342). «Luego escribía el secretario: 'En

ello, de leído que le fue, se afirma y ratifica y ofrece firmar'» (p. 342), «'[...] Preguntado por Su Señoría si a la vista de los hechos presenciados, le cupiese afirmar con razonable certeza tratarse de un accidente involuntario, sin responsabilidad para terceros, el declarante contestó estimarlo así. // En ello, de leído que le fue, se afirma y ratifica y ofrece firmar'» (p. 344), «El Secretario escribía: 'Seguidamente se procede al recuento e inventario de las prendas, ropas y objetos personales pertenecientes a la víctima [...]» (p. 352).

11. Dentro de la tónica general con que el autor ausculta y recrea el habla de las gentes que retrata en la novela, un mendigo, prorrumpiendo en continuas exclamaciones llenas de fluidez y vibración humana, solicita, junto al paso a nivel, una limosna a los transeúntes: «'¡Y siempre molestándolos a ustedes! ¡Siempre agobiando el pobre inválido al alma generosa! ¡Que no les falten nunca los remos en la vida! ¡Una moneda para el hombre que no puede valerse! ¡¡Cristianos!! ¡Una chapita de aluminio para el pan del inválido que no se lo puede ganar!'» (p. 217), «'¡Vivan los buenos corazones! ¡Y que Dios se lo premie a la joven pareja! ¡Que alcancen la dicha que el pobrecito inválido no pudo alcanzar! ¡Siempre agobiando al alma generosa! ¡Siempre molestándolos a ustedes! ¡¡Cristianos!! ¡Una moneda de cinco céntimos para el hijo de la desventura!...» (p. 219).

12. A la hora de efectuar el sorteo para determinar quiénes han de ir por la comida, los excursionistas imitan jocosamente el lenguaje de los charlatanes, feriantes y animadores de concursos, mediante: expresiones exclamativas típicas: «—¡Dentro de breves momentos procederemos al sorteo! —decía Sebas con voz de charlatán—. ¡Oído a la carta premiada!» (p. 73), «—¡Va bola, señores! —dijo Miguel—. ¡Tira, Lucita; saca ya el primero!» (p. 73), «—¡Venga! ¡Otro tira y se divierte!» (p. 73), «La papeleta siguiente fue de Fernando; tenía una cruz. // —¡Los quince millones en Argüelles! —gritaba Sebastián» (p. 73); frases ingeniosas, de auténtica pirotecnia verbal: «Sebas cogía el gorro y luego le metía los papeles y revolvía, diciendo: //—Tres de vermut, dos de ginebra, unas gotas de menta, un trocito de hielo, agítese y sírvase en el acto. Toma, Luci, bonita» (p. 73); explicación del mecanismo del sorteo: «—Mira, te pones ahí de espaldas y vas sacando las papeletas una a una, y a cada papeleta que sacas me preguntas: '¿Y ésa, para quién?', y yo te diré un nombre, y ése le toca lo que diga en el papel que tú hayas sacado, ¿estamos de acuerdo?» (p. 73); respuesta irónica ante una protesta: «—[...] Eso es jugar con ventaja. // —Pues pide el librito de reclamaciones. ¡Otra, Luci!» (p. 74).

13. Macario, el personaje que se incorpora a la tertulia ya de noche, manchado de yeso, «no decía las erres; le salían guturales, en el velo del paladar, muy parecidas a las ges» (p. 304). Solamente en dos ocasiones representa el autor directamente el defecto en el texto: «—¡No seas pesado, Coca! ¡Que no lo digo, no te *empegges!*» (p. 307), «—[...] Lo que es un establecimiento, la mitad de la gracia la pierde, si no tienen cabida el *chismoggeo* ni la intriga» (p. 319); en otra más indica cuál es la pronunciación no transcrita: «—[...] Me gustaría a mí verlo,

nada más por el ojo de una cerradura, la vidorra que se tiene que pegar por ahí por esas capitales —*ceggadura* decía, y *vidogga*—. Menudo enreda; tengo yo noticias» (p. 319); el resto de los ejemplos corresponden a la imitación del inquieto Coca-Coña: «Coca-Coña se lo imitaba: // —Pues muy mal hecho de todas formas; hay que *descansag, hombge*, hay que *descansag*, los domingos *siquiega*» (p. 304), «Se dispuso a salir y todavía Coca-Coña se aferraba con manos y uñas al quicio de la puerta y a la cortina, trabando la marcha, y se izaba a pulso, colgado de la tela, y le gritaba a Macario, asomando la cara por encima del hombro de don Marcial: // —¡¡El *pego* de San *Goque* no tiene *gabo*!!...» (pp. 307-308), «Acomodaba a Coca-Coña en la silla de ruedas. Se oyó todavía: // —¡¡No tiene *gaboo*...!!» (p. 308).

14. Las consideraciones precedentes pueden llegar a producir la impresión de que el propósito de objetividad testimonial de Rafael Sánchez Ferlosio le hiciera funcionar como una especie «aparato» que consigna lo que los personajes hacen y dicen, reproduciendo sus conversaciones con fidelidad minuciosa y concentrada y dibujando los movimientos que hacen con la sugestiva sobriedad de una pantalla cinematográfica. Ciertamente, aceptando el énfasis objetivista, ajusta el autor su recreación literaria de la realidad a determinadas palabras, gestos y reacciones que son o pueden ser reales; pero, al mismo tiempo, sabe que no está haciendo realidad, sino arte. Por eso, el caudal de lengua viva que se descubre en *El Jarama* es utilizado por el novelista para mostrar, mediante el procedimiento de la transposición literaria, su peculiar visión del mundo y del hombre: sobre el nivel pasivo del lenguaje inciden los activos de lo social y lo mágico, acercándonos a los problemas humanos, ocasionales o eternos, donde reside el interés y respeto de Ferlosio por la persona concreta, característica esencial de nuestra literatura española.

BIBLIOGRAFÍA

- ACEVEDO, Evaristo: *Teoría e interpretación del humor español*, Madrid, Editora Nacional, 1966.
- ALBA de DIEGO, Vidal y Jesús SÁNCHEZ LOBATO: «Tratamiento y juventud en la lengua hablada. Aspectos sociolingüísticos», *BRAE*, LX (enero-abril de 1980), pp. 95-129.
- ALMELA PÉREZ, Ramón: *Apuntes gramaticales sobre la interjección*, 2ªed., Murcia, Universidad, 1985.
- ALVAR, Manuel: *Lengua y sociedad*, Barcelona, Planeta, 1976.
- ALZUGARAY AGUIRRE, Juan José: *Diccionario de extranjerismos*, Madrid, Dossat, 1985.
- ARIZA VIGUERA, Manuel: *Enrique Jardiel Poncela en la literatura humorística española*, Madrid, Fragua, 1974.
- «Contribución al estudio del orden de palabras en español», *AEF*, I (1978), pp. 9-42.

- BADÍA MARGARIT, Antonio M^º: «Some Aspects of Bilingualism Among Cultured People in Catalonia», *Proceedings of the Ninth International Congress of Linguists*, La Haya, Mouton & Co., 1964, pp. 366-373.
- «Nivelación geolingüística y lenguas en contacto», *RSEL*, VI, 2 (1976), pp. 269-300.
- BEINHAUER, Werner: *El humorismo en el español hablado*, Madrid, Gredos, 1973.
- *El español coloquial*, 3^ªed., Madrid, Gredos, 1985.
- BOSQUE, Ignacio: *Sobre la negación*, Madrid, Cátedra, 1980.
- *Problemas de morfosintaxis*, Madrid, Universidad Complutense, 1980.
- BOYD-BOWMAN, Peter: «Cómo obra la fonética infantil en la formación del hipocorístico», *NRFH*, IX, 4 (1955), pp. 337-366.
- CALVO RAMOS, Luis: *Introducción al estudio del lenguaje administrativo*, Madrid, Gredos, 1980.
- CARNICER, Ramón: *Tradición y evolución en el lenguaje actual*, Madrid, Prensa Española, 1977.
- CASADO VELARDE, Manuel: *Tendencias en el léxico español actual*, Madrid, Coloquio, 1985.
- CORTÉS RODRÍGUEZ, Luis: *Sintaxis del coloquio. Aproximación sociolingüística*, Salamanca, Universidad, 1986.
- CRIADO de VAL, Manuel: *Así hablamos. El espectador y el lenguaje*, Madrid, Prensa Española, 1974.
- DÍAZ PADILLA, Fausto: *El habla coloquial en el teatro de Antonio Gala*, Oviedo, Universidad, 1985.
- DÍEZ JIMÉNEZ, Luis: *Diccionario del español eurogipuertas*, Barcelona, Planeta, 1986.
- DONNI de MIRANDE, Nélica E.: «Aspectos del español hablado en la Argentina», *LEA*, II, 2 (1980), pp. 299-346.
- ESGUEVA, Manuel y Margarita CANTANERO: *El habla de la ciudad de Madrid. Materiales para su estudio*, Madrid, C.S.I.C., 1981.
- FLORÉZ, Luis: «Apuntes sobre el español hablado en Madrid», *Thesaurus*, XXI (1966), pp. 156-171.
- GARCÍA MESEGUER, Álvaro: *Lenguaje y discriminación sexual*, Madrid, EDICUSA, 1977.
- GILMAN, Stephen M.: «La palabra hablada y *Fortunata y Jacinta*», *NRFH*, XV (1961), pp. 542-560.
- GONZÁLEZ CALVO, José Manuel: *La prosa de Ramón Pérez de Ayala*, Salamanca, Universidad, 1979.
- «Sobre la expresión de lo 'superlativo' en español (I)», *AEF*, VII (1984), pp. 173-205.
- GONZÁLEZ-GRANO de ORO, Emilio: *El español de José L. Castillo Puche*, Madrid, Gredos, 1983.
- HAVERKATE, Henk: «La ironía verbal: un análisis pragmlingüístico», *RSEL*, XV, 2 (1985), pp. 343-391.
- HERNÁNDEZ ALONSO, César: *Gramática funcional del español*, Madrid, Gredos, 1984.
- HERNÁNDEZ TERRÉS, José Miguel: *La elipsis en la teoría gramatical*, Murcia, Universidad, 1984.

- IRIBARREN, José María: *El porqué de los dichos*, 4ªed., Madrid, Aguilar, 1974.
- LAMÍQUIZ, Vidal: «Sociolingüística en un habla urbana: Sevilla», *RSEL*, VI, 2 (1976), pp. 345-362.
- LAPESA, Rafael: «Tendencias y problemas actuales de la lengua española», *Comunicación y lenguaje*, Madrid, Karpos, 1977, pp. 203-229.
- LASSALETTA, Manuel C.: *Aportaciones al estudio del lenguaje coloquial galdosiano*, Madrid Ínsula, 1974.
- LÁZARO CARRETER, Fernando: «El realismo como concepto crítico-literario», *CHA*, CCXXXVIII-CCXL (octubre-diciembre de 1969), pp. 128-151.
- *Estudios de lingüística*, 2ª ed., Barcelona, Ed. Crítica, 1981.
- LÁZARO MORA, Fernando A.: «Compatibilidad entre lexemas nominales y sufijos diminutivos», *Thesaurus*, XXXI (enero-abril de 1976), pp. 41-57.
- «Morfología de los sufijos diminutivos -ito(a), -ico(a), -illo(a)», *Verba*, IV (1977), pp. 115-125.
- LEÓN, Víctor: *Diccionario de argot español*, Madrid, Alianza Editorial, 1980.
- LÓPEZ del CASTILLO, Lluís: *Llengua standard i nivells de Llenguatge*, Barcelona, Laia, 1976.
- LORENZO, Emilio: *El español de hoy, lengua en ebullición*, 3ªed., Madrid, Gredos, 1980.
- MARRERO AGUIAR, Victoria: «La metáfora en el español de Madrid», *AIEM*, XXI (1984), pp. 485-536.
- MARSÁ, Francisco: *Diccionario normativo y guía práctica de la lengua española*, Barcelona, Ariel, 1986.
- MARTÍN, Jaime: *Diccionario de expresiones malsonantes del español*, 2ªed., Madrid, Istmo, 1979.
- MARTINELL, Emma: *El subjuntivo*, Madrid, Coloquio, 1985.
- MIGUEL, Amando de: *La pervisión del lenguaje*, Madrid, Espasa-Calpe, 1985.
- MOLINER, María: *Diccionario de uso del español*, Madrid, Gredos, 1986.
- NÁÑEZ, Emilio: *La lengua del coloquio*, Madrid, Coloquio, 1982.
- NARBONA, Antonio: «Problemas de sintaxis andaluza», *AM*, II, 2 (1979), pp. 245-285.
- NAVARRO TOMÁS, Tomás: *La voz y la entonación en los personajes literarios*, México, Colección Málaga, S. A., 1976.
- NINYOLES, Rafael Ll.: *Idioma y poder social*, Madrid, Tecnos, 1972.
- OLIVER, Juan Manuel: *Refranero español*, Madrid, Sena, 1983.
- *Diccionario de argot*, Madrid, Sena, 1985.
- ONÍS, José de: «La lengua popular madrileña en la obra de Pérez Galdós», *RHM*, XV (1949), pp. 353-363.
- PANDO VILLARROYA, José Luis de: *Diccionario del '-tron'*, Madrid, Pando Ediciones, 1985.
- POLO, José: *Lenguaje, gente, humor... Materiales para una antología semántica española*, Madrid, Paraninfo, 1972.
- QUILIS, Antonio: «Notas para el estudio del habla de Madrid y su provincia», *AIEM*, I (1.966), pp. 365-372.

- REBOLLO TORÍO, Miguel Ángel: «Cuestiones sobre el grado en español», *AEF*, VI (1983), pp. 191-195.
- ROSENBLAT, Ángel: *Lengua literaria y lengua popular en América*, Caracas, Cuadernos del Instituto de Filología «Andrés Bello», 1969.
- *La lengua del «Quijote»*, Madrid, Gredos, 1978.
- RUIZ FERNÁNDEZ, Ciriaco: *El léxico del teatro de Valle Inclán (Ensayo interpretativo)*, Salamanca, Universidad, 1981.
- SALAS, Rodrigo: *Diccionario de los errores más frecuentes del español*, Barcelona, Vecchi, 1985.
- SALVADOR, Gregorio: «La investigación de textos hablados», *RSEL*, VII, 2 (1977), pp. 59-68.
- SÁNCHEZ FERLOSIO, Rafael: *El Jarama*, 8ªed., Barcelona, Destino, 1986.
- SANTAMARÍA, Andrés, Augusto CUARTAS, Joaquín MANGADA y José MARTÍNEZ de SOUSA: *Diccionario de incorrecciones, particularidades y curiosidades del lenguaje*. 4ªed., Madrid, Paraninfo, 1984.
- SECO, Manuel: *Arniches y el habla de Madrid*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1970.
- SENBRE, Ricardo: «Creación y deformación en la lengua de Arniches», *Segismundo*, II, 2 (1967), pp. 247-277.
- «La lengua de Eugenio Noel», *RJ*, XX (1969), pp. 322-338.
- SIGUÁN, Miguel: «Bilingüismo y sociología», *RSEL*, VI, 1 (1976), pp. 27-88.
- SINTES PROS, Jorge: *Diccionario humorístico*, Barcelona, Sintés, 1982.
- STEEL, Brian: *A Manual of Colloquial Spanish*, Madrid, S.G.E.L., 1976.
- SUÁREZ SOLÍS, Sara: *El léxico de Camilo José Cela*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1969.
- TOMÁS GARCÍA, José Luis de: «Breve diccionario de argot», *La otra orilla de la droga*, Barcelona, Destino, 1985, pp. 357-363.
- UMBRAL, Francisco: *Diccionario cheli*, Barcelona, Grijalbo, 1983.
- VIGARA TAUSTE, Ana Mª *Aspectos del español hablado*, Madrid, S.G.E.L., 1980.
- VILAS, Santiago: *El humor y la novela española contemporánea*, Madrid, Guadarrama, 1968.
- VILLANUEVA, Darío: «*El Jarama*» de Sánchez Ferlosio. *Su estructura y significado*, Santiago de Compostela, Universidad, 1973.
- VILLARÍN, Juan: *Diccionario de argot*, Madrid, Nova, 1979.
- VIUDAS CAMARASA, Antonio: *El habla y la cultura populares en La Litera (Huesca)*, Lérida, IEI, 1980.
- *Diccionario Extremeño*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1980.
- ZAMORA VICENTE, Alonso: «Una mirada al hablar madrileño», *Lengua, literatura, intimidad*, Madrid, Taurus, 1966, pp. 63-73.